

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1961 - Número 106



SEVILLA

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ees

ARCHIVO HISPALENSE

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



PUBLICADO POR EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS Y LINGÜÍSTICAS DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA



EJEMPLAR NÚM. 299

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 29. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1961



Tomo XXXIV
Número 106

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1961

MARZO - ABRIL

Número 106

CONSEJO DE REDACCIÓN

EXCMO. SR. D. MIGUEL MAESTRE Y LASSO DE LA VEGA, Presidente de la Diputación Provincial.—Sr. D. Pedro VALVERDE FREDET, Presidente de la Comisión de Educación.—EXCMO. SR. D. JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.—Sr. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.—Sr. D. ANTONIO MURO OREJÓN.—Sr. Secretario de la Diputación Provincial.
Sr. Interventor de la Diputación Provincial.

Director:

Sr. D. Manuel JUSTINIANO Y MARTÍNEZ,
Cronista Oficial de la Provincia.

Administrador:

D.ª Araceli SHAW GARCÍA.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- Antonio Domínguez Ortiz.—*La conspiración del Duque de Medina Sidonia y el Marqués de Ayamonte*..... 133
Juan Valencia Jaén.—*Índice bibliográfico de la revista «Mediodía»*.
(Conclusión)..... 161

MISCELANEA

- José Luis de la Rosa Domínguez.—*Pregón de la Vendimia*..... 197
A. H.—*Ícod de los Vinos y sus primeros Juegos Florales Nacionales*..... 209
Manuel Justiniano.—*Píosaica Elegía del funcionario jubilado*..... 217
Francisco Aguilar Piñal.—*Alberto Lista, estudiante de matemáticas*.. 219
-
- LIBROS..... 223
El Cronista Oficial de la Provincia.—*Pequeña crónica de dos actos
solemnes*..... 231

MISCELANEA

PREGÓN DE LA VENDIMIA

Pronunciado por su autor, don José Luis de la Rosa Domínguez en la VIII Fiesta de la Vendimia, de Villanueva del Ariscal, el día 1.º de septiembre del año 1961, en las Bodegas Góngora, de la citada población, siendo Reina de las Fiestas la Srta. Angelina Castro Barrera.

Majestad:

Ilmo. Sr.:

Dignísimas autoridades y representaciones:

Comisión Organizadora de las Fiestas de la Vendimia:

Señoras y Señores:

Esos aplausos, con que habeis saludado mi presencia en estas hermosas fiestas vendimiadoras, creadas por vosotros como el mejor tributo de homenaje a esta tierra incomparable de Villanueva del Ariscal que os vio nacer, llena de prestigio por su historia, por su riqueza y más aún por ese mimo y esmero divino que Dios mismo puso en regalarla y en enaltecerla; esos aplausos, repito, han sonado en mis oídos con idéntica intensidad, tono y vibración, con que un día no lejano del pasado mes de junio ponía a pruebas vuestra proverbial generosidad a favor de mis sencillas palabras (1), que si algún mérito tuvieron en aquella ocasión, fue que al pasar por mis labios el nombre sagrado de la Patria, de España, vuestro sentimiento y sensibilidad exquisita, llenos de ardor, ponían también fuego en mi corazón, y así salían y tomaban vida y proyección, como envueltas en una bandera heroica y vencedora que se abría paso en el campo abonado de vuestra simpatía; y ambos, vosotros y yo, las poníamos depositadas y cargadas de gloria, como trofeo estimable, en el altar sublime que la Patria tiene levantado en cada corazón y en cada alma. Pero estos aplausos de hoy, de ahora, de esta noche, que tiene tes-

(1) Hace aquí el autor alusión a una conferencia pronunciada el día 8 de junio de este mismo año en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento de Villanueva del Ariscal, en que desarrolló el tema de «El alma española».

tigo de estrellas y celoso vigilante de luna en plenilunio con cendal de nubes, me hacen mucha falta, y los recojo con la mejor expresión de mi gratitud y de mi cariño sincero, no porque ellos me garanticen y aseguren vuestra bien probada benevolencia, que era ya para mí un seguro a plazo fijo desde el día mismo en que me escogísteis para cantar vuestras glorias, vuestros amores y vuestra religiosidad; ni porque ellos tengan la misión de encender aún la pasión, ni de dar color, fuerza y vigor a mis palabras, no; sino porque con ellos me dais hecha la parte más difícil de mi discurso, y enriquecéis mi patrimonio, en sí menguado, con el tesoro incomparable que ha sabido crear vuestra nobleza y generosidad.

Porque, en verdad: ¿No habéis puesto en ellos toda la gama de vuestras bondades que atesora vuestro noble corazón? ¿No llevan el calor de vuestro entusiasmo y de vuestro apasionamiento por los valores que el mismo Dios puso en vuestras manos? ¿No son portadores de vuestras esperanzas y el precio inestimable que otorgais por adelantado, como prócer y señor, al que sólo os va a ofrecer un humilde y sencillo servicio? ¿No han brotado clamorosos de manos femeninas que tienen el sello sutil de la delicadeza, de almas ennoblecidas en la lucha diaria del trabajo dignificador y de corazones también forjados en las lides del pensamiento y en el yunque de nobleza, bajo el duro peso de diarias y difíciles responsabilidades?

Y ahora, decidme: Una salva atronadora de aplausos, que han brotado del entusiasmo y de la delicadeza, de la fe y de la esperanza, de la bondad, del trabajo y de la nobleza, que nacen en vergel sevillano y en noche esplendorosa y única, ¿no es el mejor ramo de flores que yo puedo llevar a este trono para depositarlo más que en las manos en el propio corazón de una Reina, que reina por su hermosura?

Permitidme, Majestad, que llegue hasta vuestro trono con este tesoro, aunque no me pertenezca; que yo, viendo reflejada en vuestro lindo rostro una leve sonrisa, dibujada por la delicadeza, me consideraré bien pagado. Sólo esa sonrisa será capaz de quemar en el fondo de mi alma la mirra de mis amarguras, saciará mis inquietudes y zozobras, y servirá de bálsamo consolador a mis palabras, que saldrán de este modo mejor ataviadas y adornadas, y no con las descoloridas galas con que las presentaría naturalmente mi fantasía, deslumbrada hoy por la majestad, grandiosidad y el empaque de esta fiesta incomparable.

Aceptadlo, Majestad, con esa bondad y nobleza que os ha elevado hasta el trono de la realeza. Aceptadlo, sí, aunque no lleven mis palabras la etiqueta obligada del verso, que es flor que no se cría en el jardín de mi huerto. Aceptadlo, sí, que sólo vuestra complacencia me dará alientos y bríos para hablar en la tierra mirando al cielo;

al cielo de vuestros amores, que el mismo amor adora; al cielo de vuestra hermosura; al cielo de vuestra belleza; a ese cielo en que sois, en verdad, reina y señora. Reina de este cielo, porque en esta noche sois estrella; y Reina de estos campos verdes, como reina el alba, porque sois también aurora, que preludia un día de luz, de sol y de alegría.

Ese consentimiento y venia, que os pedimos, vemos ya que nos lo otorga en regalo el brillo de vuestros ojos, que destellan gracia y bondad. Esa bondad y gracia que garantiza vuestro nombre angélico y celestial. Esa bondad y gracia que, como aureola, inunda todo vuestro trono, y que resplandece en torno vuestro, y se dilata y confunde con el aire diáfano y salada claridad que brota también de los ojos de vuestras damas, que, para deslumbrar, no precisaban rostros tan bellos, y que ofuscan, y que ciegan, y que hacen imposible seguir hablando en la tierra y en la noche, de cara a vuestro trono, que es sol y cielo azul de claro día.

Y para cumplir mi misión y servicio, yo vengo a pregonar este rincón luminoso de la Patria, que se llama Villanueva del Ariscal, por donde Sevilla se empina y eleva, ávida y ansiosa de recibir en su rostro el beso salado de la brisa marina, que llega hasta aquí presurosa, cabalgando a lomo de los vientos, y mezclada con las cadencias musicales del fandango de Huelva y el desenfado viril del Alosno, o con la alegría jocunda de las sevillanas rocieras, mensaje de amor a aquella Virgen Marismeña del Rocío, que cambia penas y desconuelos por el bálsamo acariciador de una leve sonrisa o por la piedad seductora de unos ojos bajos, ensimismados y absortos en su Divino Hijo. Yo vengo a pintar con vivos colores este paraíso de Dios en la tierra, la espléndida campiña aljarafeña, tapizada con la alfombra verde de olivares vetustos, inclinados bajo el peso de su orgullo de haber servido para consolar la última agonía, soledad y tristeza del Redentor, y que convierten a toda esta región en un Getsemani permanente y eterno, donde la luna, enamorada y compasiva, se queda prendida en la noche para vestirlos con ribetes de luz y trajes de plata. Yo vengo a cantar el prestigio universal de estos viñedos de seda, cargados de oro, cuyo fruto precioso se guarda en las gigantescas bodegas, catedrales del vino, y de las famosas soleras que siembran por el mundo el ardor, la alegría y el optimismo de la vida. Yo quisiera elevar el tono para hacer un himno a la nobleza, rumbo y señorío de los hijos de esta tierra, porque son guardianes celosos de las más rancias y viejas virtudes raciales: virilidad, honor y austeridad moral y religiosa, como si huyeran del presente hacia la meta ideal del recuerdo y la esperanza; y pulsar la mejor cuerda de una lira suspirante, para entonar sentido y delicado madrigal, a la belleza

gracia y donaire de vuestras mujeres, bordadoras del amor, con el respunte que marca el compás de sus pies al ritmo del juego de unos ojos soñadores.

También son dignos de pregón tus frondosos jardines particulares, donde el jazmín y el clavel, el geranio y la rosa, rivalizan y luchan en una algarabía de perfumes y colores; y tus recreos encantadores, donde las palmeras oscilantes ponen escenarios orientales y de fantasía a tu bella panorámica; y el silencio de la Villa, que es la voz de la historia y el modo de hablar que tienen los tiempos y los siglos; y el laberinto de tus calles, abiertas, claras y rientes, como gozosas de que por ellas penetre el sol, pero con respeto, como quien cumple una misión divina de luz y color, sin descaro ni estridencias, sino más bien con suavidad de caricias; y la albura de tus casas, que el viento besa con cadencias de brisa, y la luna adorna con blancas vestiduras nupciales a la hora del sueño; y tus patios, que duermen tranquilamente una paz eterna, bajo el encaje de las parras, con colgaduras de uvas, nostálgicas de vendimias, y cuyo silencio sólo rompe el monocorde murmullo de una fuente, que llora cantando lentamente, gota a gota, el triste lamento de una sinfonía oriental; y tu historia, que si se pierde en la noche de los tiempos, fue porque supo resistir heroica, con indiferencia de siglos, el duro galopar de todas las invasiones, y los turdetanos primero, y los romanos después, y por último, los árabes, dejaron constancia en su nombre de su embeleso por ella, y la consideraron en su nivea claridad, por su luz y por su cielo, como templo de sol, y altar sagrado de la tarde.

Todo esto, como véis, está llamando a gritos con su tentador y voluptuoso atractivo; pero mi Pregón de hoy quiere aspirar a más elevada altura; quiere apartar la mirada de la carne morena de tus campos soñadores y subir, en ansias de espiritualidad sobre los lomos aljarafeños, para oír más profundos y dilatados horizontes; anhe-la empinarse sobre los muros de tus casas y alquerías; cabalgar por entre el laberinto de olivares y viñedos, porque por encima de tus calles y de tus casas, de tu historia y tu riqueza, de tu rumbo y señorío, está el sentimiento religioso de Villanueva del Ariscal, del que son fiel exponente su noble orgullo de pertenencia a la Orden militar de Santiago, su vinculación antigua al Obispado de León, de tanta ascendencia isidoriana; su amor a la Inmaculada, de cuyo dogma fue Villanueva del Ariscal paladín y adelantada, y a la que honra como a Madre y Patrona; y ese fervor en alardes a la Reina del Aljarafe, la Santísima Virgen del Loreto, dama de vuestros amores sinceros, a la que tiene levantado un altar en cada corazón y en cada alma, que se ciñe con un polizón de viñas bajo un palio de cielo, para enamorar aún más a sus hijos, que llegan hasta ella en una rome-

ría de ensueños y de ilusiones, de fe y de esperanzas, que navega sobre un mar de viñedos y vendimias, llevando como bandera la alegría de las coplas y en sus corazones sencillez de oración conmovida, poniendo todo ello en conmoción al pueblo desde la ermita hasta los muros del Santuario lauretano, trono de Dios, faro que guía al que implora suplicante la bendición de unos frutos, que cuidaron con mimo durante todo el año manos humildes de gente labradora, altar de nuestras ofrendas, sacrificios y promesas, aunque envuelto en su sencillez y humildad franciscana, como todas las cosas de la Andalucía Baja, con la paganía áurea del sol que deslumbra y del aire perfumado que enloquece.

Pero Villanueva del Ariscal vencerá al paganismo, que le atrae y le envuelve, con sus propias armas, preparando y disponiendo sus hermosas fiestas vendimiadoras con un lujo, suntuosidad y magnificencia tal, que constituyen el más noble orgullo de toda esta región, y que ha hecho prosélitos en otra provincia vinatera; todos los ingenios pondrán a contribución su talento, que ofrendarán sus ilusiones en un volcán de amores. Villanueva del Ariscal se hará reino y levantará un trono, pedestal sublime de la belleza de una Reina, que camina con su pueblo en dulce peregrinar y en embajada de cariños, hasta los muros de una fortaleza del Cielo, do habita también otra Reina a la que corteja y rinde vasallaje con la melodía de sus coplas, con el ritmo de sus bailes, con el repique de palmas y palillos, y más aún con la bella estampa del jinete andaluz sobre brioso corcel, orgulloso de su grupa, y con la majestad de los trajes de flamencas llevados con tanto garbo, gracia y donaire por tantas mujeres bonitas, como bailan sin descanso con el ceremonial de un ritmo sagrado, parte importante y principal de un culto a la Señora del Loreto que no puede ser solamente recoleto y conventual, sino público y solemne, generoso y grande, como es el corazón de donde parte la plegaria, y con una liturgia brillante, que se reviste de ricos paramentos, altares y sagrarios de plata, deslumbradora candelería, un bosque de cera con luces temblorosas y oscilantes, ofertorio de frutos de oro, envuelto todo ello por una verdadera nube, perfumada por el incienso, que nos llevará en brazos de la imaginación y de la fantasía a hacernos creer, con gozosa fruición, que como este alcázar de emotiva belleza tendrá que ser el verdadero trono de Dios y el pedestal sublime de la Reina de los Cielos.

Y todo esto lo prepara y dispone Villanueva del Ariscal, con motivo de sus hermosas fiestas de la Vendimia, en honor y gloria de la Virgen Santísima del Loreto, Patrona del Aljarafe sevillano y celestial guardesa de estos lugares, sembrados de uvas y viñedos, a los que cubre y defiende con la protección de su manto maternal.

Yo vengo, señores, de una tierra, que en el amor a la Virgen nada asombra; yo vengo de una tierra, que se siente orgullosa de correr por el mundo, en alas de la fama, con el bello epíteto de «Tierra de María Santísima», que comparte también con apologético proselitismo y afán con toda la región que en ella se mira con fruición y gozo; que ostenta en sus blasones los títulos de MUY NOBLE, MUY LEAL E INVICTA, Y MUY MARIANA CIUDAD»; que siempre fue en vanguardia en los campos de batalla de los amores de la Virgen; que vibra de entusiasmo y llora de fe y gratitud en la mañana luminosa y clara del quince de agosto, cuando la Puerta de los Palos de la Catedral Metropolitana enmarca la majestad augusta de la Virgen de los Reyes, su Patrona y Patrona de toda la Archidiócesis; pero si os digo que Villanueva del Ariscal no le va a la zaga en el delirio mariano; que Villanueva del Ariscal fue también paladín y adelantada en el dogma concepcionista; que rinde culto a la Virgen en las más variadas advocaciones, sin exclusivismos mezquinos; que aprovecha toda ocasión y solemnidad, religiosa o profana, para cantar a la Virgen y postrarse reverente a sus dulces plantas; que en el crudo invierno, de fríos casi navideños, pone calor de amores encendidos ante la Inmaculada celeste; que en la primavera azul, cuando los verdes trigales se cambian en dorada y amarillenta espiga, de ansias eucarísticas, peregrina por caminos de ilusión y ensueños para cantar con alegría y brío a la Blanca Paloma de trono marismeño, la Virgen Santísima del Rocío; que en la plenitud del estío, acude también a la cita sevillana de la Virgen de los Reyes; y ahora en el umbral del otoño, en gratitud vendimiadora, pone los trabajos y los frutos, que sueñan ya con Sangre de Cristo, en el maternal regazo de la Virgen bendita, convirtiéndose desde hoy, con esta hermosa fiesta, preludio y mensaje del gran día, todo el pueblo y todos los hogares, todos los campos y caminos, y hasta la explanada que circunda su altar, en la más hermosa y fastuosa catedral del mundo, que tiene por techo al cielo; por lámparas votivas, la aurora azul y riente, al sol que otorga su mensaje de rayos de oro y la tarde de tonalidades violetas, que enciende estrellas y luceros, y a la luna, que deslíe en la noche su blancura de plata, olvidando en estos días su papel de confidente de amores sinceros, para rendir su tributo de luz a la que es verdadera Reina de vuestros sentimientos, para postrarse reverente a las dulces plantas de una Virgen, que es vuestro orgullo y delirio, dama de vuestros pensamientos y gloria y honor de vuestro pueblo. En esta inmensa catedral sólo existe desde hoy un amor y un altar: un amor, el vuestro, que se hace llama y fuego, que se consume en holocausto de la Madre; y un altar, el de la excelsa Reina y Señora del Loreto, que reina en el Aljarafe como en el Cielo, por

sus títulos de Madre nuestra y embeleso de la Santa y Augusta Trinidad.

Porque ésta es precisamente la nota peculiar y característica de estas fiestas del vino, lagar y vendimia; lo que le da prestancia y prestigio singular, y en lo que estas Fiestas de la Vendimia de Villanueva del Ariscal se diferencian y distinguen de otras de idéntica finalidad y contenido; que aquí las fiestas vendimiadoras tienen un profundo sentido religioso y mariano, y son la expresión de la gratitud y del agradecimiento de un pueblo trabajador a las manos maternas de la Virgen lauretana, que recogió las súplicas, protegió durante todo el año los trabajos abnegados y bendijo los frutos que mañana una reina de la tierra se los ofrecerá en nombre de todos, porque son una bendición y regalo del mismo Dios.

Sí, señores, para Villanueva del Ariscal, este Pregón, exaltación de una fiesta, tenía que ser más que oda heroica, lirismo bucólico o égloga campesina y vendimiadora, salmo o himno religioso y mariano en honor y gloria de la Virgen Santísima del Loreto. La Virgen del Loreto es la propia razón de vuestra existencia. En ella pensáis todo el año. El Santuario es el norte de todas las miradas y el camarín de la Virgen, imán de todos los corazones. A ella confiáis los afanes de vuestros desvelos. Ella se ha labrado un altar en vuestras almas y un trono en vuestros amores. Ella reina en vuestros hogares y cada día recibe las oraciones de vuestra delicadeza. Ella recoge las tiernas y dulces miradas de vuestros niños, cuando al acostarse, guiados por las madres, y repitiendo sus palabras de plegarias, le piden con ese mimo infantil, que vigile su sueño. Ella es el dulce despertar de vuestros hijos en el momento auroral del nuevo día. Ella reparte su gracia sobre el tálamo nupcial de los esposos. Ella es la confidente de vuestros primeros amores sinceros, que bendice y santifica. Ella es vuestra fiel compañera por los ásperos caminos de la vida. Ella hace fecundos vuestros hermosos campos, que, con su gracia y favor, ofrecen fecundas cosechas en que cambia el sudor de vuestros duros trabajos. Ella decora las mieses doradas, salpicándolas de rojas amapolas y blancas margaritas, que ofrendarán muchos días sus vidas efímeras ante el trono de la Virgen. Ella tiene un pedestal de viñedos ubérrimos y dulces racimos, que ansían ya los añosos robles de las bodegas centenarias que le prestarán aroma y vejez y con ellos el paladar y finura que hacen a los vinos de Villanueva únicos e incomparables. Ella es, en fin, vuestra alegría en las fiestas vendimiadoras, y en ella confiamos y en su gracia la dicha de verla y contemplarla por los siglos de los siglos, cara a cara, bajo dosel de cielo, con su corte de nubes blancas, rodeada de arcángeles

y querubines, tañendo sus instrumentos de melodías celestiales ante el trono majestuoso de la Omnipotencia de Dios.

Y siendo la Virgen Santísima del Loreto, Patrona del Aljarafe sevillano, Campesina bendita de campos ubérrimos y Guardesa Honoraria y eficiente de todos sus frutos ¿por qué ha mostrado una especial complacencia en este tributo de amor que le dedican sus hijos con el simbolismo de unos racimos de uvas en las fiestas de la Vendimia? ¿No pudo escoger otro medio mejor y más adecuado a su majestad y realeza, que éste que brota de la sencillez de los campos? ¿No existen otras fuerzas naturales y tesoros escondidos en las entrañas mismas de la tierra, que pregonen mejor el vasallaje debido a la que es Madre de Dios, Autor de la Naturaleza y Creador de los Cielos y la Tierra? ¿No pudo escoger el rayo, que es la expresión de las fuerzas cumbres naturales? ¿No pudo elegir el diamante, cuyo brillo cautiva los ojos? ¿No pudo servirse del rocío de la noche, que es tan dulce y beneficioso y que se posa tembloroso sobre las plantas, como estremecido y avergonzado de lucir tan divino nombre al bajar de los cielos a la tierra? ¿No pudo utilizar la rosa que seduce y cautiva por su belleza, perfume y color? ¿O el ramo de olivas, que representa la paz, o el aceite, signo de la amistad, emblema de la abundancia y símbolo de la hospitalidad?

Esta ha sido, señores, la mayor delicadeza de Villanueva del Ariscal con su Virgen del Loreto. Villanueva le ofrece lo mejor que tiene, y que sabe con filosofía del corazón que es lo más grato a la Virgen. Nada tan grato a la Virgen como su Hijo Jesús, que sostiene en sus manos; nada tan amable como el Hijo Divino de sus entrañas maternas; nada tan querido como Cristo, que la elevó a la mayor dignidad de los cielos y de la tierra. Por eso en este puente de tiempo que es septiembre, cuando los campos sienten el cansancio de su fecundidad, y los viñedos ofrecen su tesoro dorado, y los olivares abren en el sentimiento una esperanza próxima de fuentes de vida, y la paz, la alegría y el gozo inundan los corazones alborozados, ésta es la hora del frenesí, ésta es la hora del delirio, la hora de la gratitud y del reconocimiento, la gran hora de la sinceridad, la hora de la ofrenda. Y le ofrece Villanueva lo único que simboliza en el mundo a Cristo; lo único de toda la creación que el mismo Jesús convirtió con su poder divino en su Preciosísima Sangre; la única materia, que recibiendo las palabras magistrales del Redentor, participa de la vida divina; porque el vino, presente por el ofertorio en el altar de los sacrificios, en virtud del misterio sacerdotal, es la Sangre, Cuerpo, Alma y Divinidad del mismo Cristo, Dios y Hombre, todo entero. Y ninguna ofrenda mejor podía presentar Villanueva del Ariscal a la Virgen del Loreto, que lo que ella misma había fecundado con su delicadeza

de Madre, lo que había bendecido con su protección y cuidado, y lo que estaba de nuevo destinado para convertirse en la Sangre del mismo Dios.

Pero el vino, que en las uvas doradas ofrece Villanueva del Ariscal a la Virgen, tiene otro significado y valor humano. El vino es símbolo de la alegría y significa el gozo y fruición necesarios para la vida, pero alegría de vida que primeramente se debe purificar, como lo hace en estos días Villanueva, con pensamientos divinos y marianos, lo mismo que el mosto, que tiene que sufrir los duros trabajos vendimiadores para transformarse después en delicioso y verdadero vino. Esos vinos de Villanueva, que se fermentan con zumos de bellos paisajes de alegría y de luz, y que unos adquieren color y espesura de roja sangre de toro y otros son tan ligeros y finos como rubios encajes, obtenidos todos de unas soleras, maceradas de mieles, que huelen en las botas con olor intenso, como si cada bodega fuera un monte de claveles en el que el mosto hundiese puñaladas de incienso.

Este es el gran valor de la ofrenda de alegría que de manos de una reina de la tierra vais a poner en manos de la Reina de los Cielos. Y en verdad que la ofrenda es valiosa. El vino exige su presencia secular en toda ceremonia; el vino es el heraldo indispensable y el pregonero elocuente de todas las fiestas; el vino es el Truto sagrado de las vides. Sagrado, sí, porque goza de un prestigio bíblico de Santas Escrituras. Bajo el cielo del Antiguo y Nuevo Testamento resplandece el vigor de las viñas maduras. Los Patriarcas, Reyes y Profetas lo cantaron con salmos, himnos y rabeles y lo anunciaron con figuras y profecías. Chorrea vino de las mejores bodegas el Cantar de los Cantares de Salomón. Judit, con vino oloroso de deseos, libertó a su pueblo, al pueblo de Dios, de la derrota y muerte que Holofernes tenía en su copa de vino trágico. Sansón bebió el vino de la traición, que le ofreció con su astucia la bella Dalila. Herodes Antipas se embriaga con el vino de la danza y corre por la tierra la sangre precursora de Juan, que bebe el primer vino del martirio, que anticipa también el vino sacrificante de Cristo. La luna es vendimiadora desde Moisés hasta Cristo, y con la Última Cena la luna vendimiadora se hace penitente y nazarena; y así el vino pierde ya todo su fulgor siniestro y trágico y se hace eje y centro de toda la Teología que dimana de la Cruz y con que empieza la Ley Nueva, cuando el Redentor del mundo con su magisterio divino, como la mejor preparación para su cáliz de amargura y su muerte lo convirtió en su propia Sangre, Cuerpo, Alma y Divinidad, al decir a los suyos: «Bebed, que es Sangre mía».

Esta es la verdadera prestancia y el auténtico valor de la ale-

gría jocunda del vino y la vid, que figuran y declaran los conceptos bíblicos. Esta es la alteza de miras y el profundo significado que Villanueva del Ariscal quiere expresar con su ofrenda de uvas en las Fiestas de la Vendimia. Las plantas, las mieses, las arboledas y los frutos todos de esta tierra de luz y sol, de blancura y gracia, han cedido a la vid el cetro de preeminencia que la Naturaleza y los pueblos gentiles habían concedido a la robustez física del cedro. Villanueva del Ariscal, consecuente también con la heráldica cristiana, simbolismo litúrgico y con el misticismo eucarístico, hace de la vid en estos días signo de la alegría y el símbolo de la gracia; del sarmiento, la expresión real de la unidad de los fieles, cuya savia vivificante es la Sangre divina y redentora; de la cepa, la personalidad de Cristo; y de la uva, el emblema de amor, cuya santa embriaguez sentimos tan sólo al pie de los altares, en las gradas de los sagrarios, y cuyos mostos se ofrecen a la Esposa de los Cánticos, aquí la Virgen del Loreto, cuando lo sacamos del interior de nuestras bodegas, elaborado por el clima suave y ardoroso de la caridad y del amor.

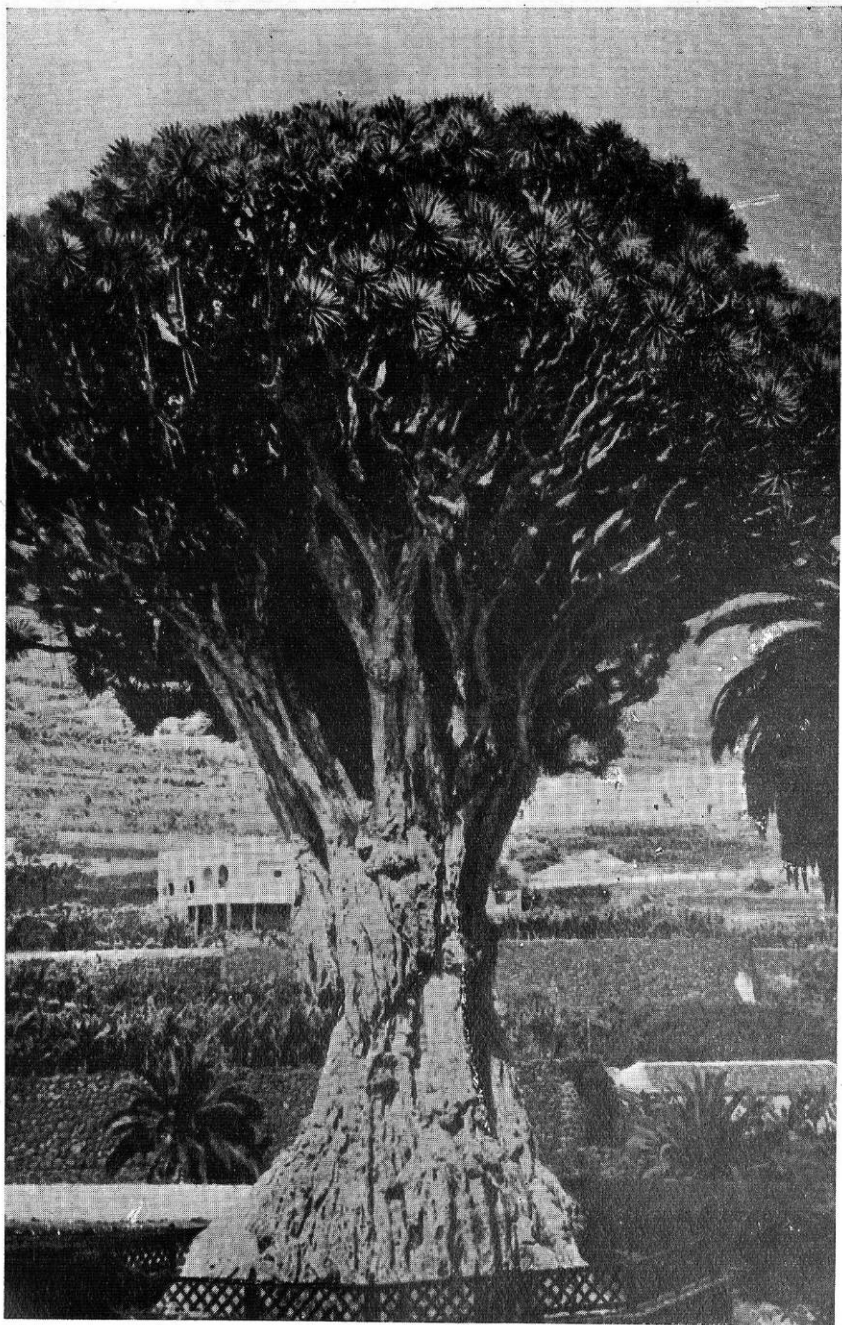
Aquí debería yo terminar, para no cansar más vuestra benévola atención, pero no queremos dejar en el aire el pensamiento de que estas elevadas apreciaciones teológicas y bíblicas del vino y de la uva, de la vid, del sarmiento y de la cepa, son solamente delicadezas figurativas y simbólicas del Antiguo y del Nuevo Testamento, porque es que la Iglesia también las declara y enseña con su magisterio divino e infalible. Toda la litúrgica de la Iglesia y de la Santa Misa gira alrededor de este profundo y misterioso significado del vino, que el mismo Cristo quiso en su misericordia y bondad otorgarle y concederle. Asistid al Santo Sacrificio y presenciad la ofrenda de vino que el sacerdote hace a Dios en nombre propio y en nombre de los fieles. Vedlo preparar el cáliz en el Ofertorio. El celebrante vierte vino en él y después mezcla con ese vino unas gotas de agua, que previamente bendice con esta oración: «Oh Dios..., concédenos que por el misterio que representa la mezcla de este agua y vino, *participemos de la Divinidad* de Nuestro Señor Jesucristo, que se dignó hacerse participante de nuestra Humanidad». Con esta oración y ceremonia, que encierra un sentido admirablemente profundo, la Iglesia hace la mejor apología del vino. El vino simboliza y representa a Cristo. Por eso no se le bendice siquiera antes de verterlo en el cáliz. En cambio el agua que se mezcla con el vino simboliza a la Humanidad, y ésta sí que precisa y tiene necesidad de recibir, antes de subir al altar, el beneficio inapreciable de la bendición y de la gracia divina; y por ello hay que bendecirla con la señal de la cruz y las palabras de la oración que comentamos. Al mezclar el agua, que nos representa y simboliza a nosotros, con el vino, que repre-

senta y simboliza a Cristo, suplicamos con humildad al Señor, que se vistió con nuestra humanidad, que así como un día tomó la naturaleza humana, siendo Dios, también nosotros podamos participar, siendo hombres, de la propia vida divina ¡Qué elocuente símbolo y qué vibrante lección la de la Iglesia sobre el vino! De ella podríamos sacar también extraordinarias y provechosas enseñanzas sobre el misterio del Cuerpo Místico que es la Iglesia, de la que todos formamos parte y somos miembros, por la misericordia de Dios, vivificados por la savia vivificante y redentora de la Sangre de Cristo. Por ello al ofrecer el vino, ofrecemos a Cristo, y al poner en el cáliz unas gotas de agua nos ofrecemos también nosotros, y en el Cáliz del sacrificio ponemos todos nuestros pesares y todas nuestras alegrías, toda nuestra pobreza y todo nuestro caudal, toda nuestra vida, en fin, que siente ansias infinitas. En cada ofertorio nos entregamos en el cáliz, para que al contacto con el vino, que es Cristo, participemos de la Divinidad.

Bien puede ya Villanueva del Ariscal hacer una apología del vino y dedicarle con orgullo toda la explosión de entusiasmo que significan las Fiestas de la Vendimia. Ya puede mostrar ese orgullo interior que cada hijo de Villanueva, bodeguero o no, siente de la alta estimación de sus vinos apreciados. Este es el sentido real de estas fiestas vendimiadoras, que este año se abren con mis humildes palabras, que pretendieron adentrarse por ese laberinto recóndito de vuestros íntimos sentimientos y arrancar a vuestras ricas soleras la razón de ser de su valor infinito. En el vino Villanueva del Ariscal, como el mismo Dios, ha concentrado todas sus maravillas. Por eso puede hacer suyas las palabras del Rey Profeta y airearlas como una bandera al viento, colocadas sobre las fachadas de vuestras bodegas centenarias. Ninguna frase más elogiosa del vino, que ésta, con la que yo termino, sacada de los salmos de David: «Bebedlo, y vereis cuán suave es el Señor».

He dicho.

José L. de la Rosa Domínguez.



El famoso Drago de Icod de los Vinos, ejemplar al que Humboldt asignó unos 3.000 años de vida.

